

LA DESAPARICION

DE LA NIÑEZ

Exactamente igual que el alfabeto y las máquinas de imprenta cambiaron el aspecto social y cultural del mundo, la TV está cambiando ahora a nuestra sociedad. En esta conferencia pronunciada ante la Children's Theatre Association of America, el Profesor Neil Portman argumenta que el concepto social de la niñez desaparecerá al finalizar este siglo.

Quisiera empezar diciendo que, básicamente, no hay más que dos tipos de conferencias que pueden darse en ocasiones como esta. Las que llamo conferencias de buenas noticias y las conferencias de malas noticias. Una conferencia que da buenas noticias plantea, por regla general, un serio problema que el conferenciante procede a resolver; y cuando lo logra, todo el mundo abandona la sala sintiéndose inspirado y fortalecido por una imagen de competencia humana. En otras palabras, las conferencias que dan buenas noticias, son siempre entretenidas y divertidas, por lo que suelen pronunciarlas normalmente personas procedentes o bien de Houston, Texas o de California.

Una conferencia que da malas noticias es algo totalmente distinto. En una conferencia de malas noticias, el confe-

renciante plantea un problema grave y con ello termina. La audiencia se siente, como es natural, algo defraudada y a veces incluso un poquito enfadada. Poco puede hacerse, sin embargo, para remediarlo, excepto decirles —que nadie se lo llega a creer— que el enfado es lo que da más ímpetu al pensamiento. Así que al conferenciante no le queda más remedio que tomar otra vez el avión y regresar a Nueva York que es de donde sale la mayoría de los conferenciantes de malas noticias. Todo esto no es más que para decirnos que os tenéis que preparar para una buenísima conferencia de malas noticias.

Mi argumento es que la televisión está causando la rápida desaparición de la niñez en América, que la niñez probablemente no sobrevivirá al final de este siglo y que este estado de cosas representa un desastre social de primera magnitud. En cuanto presente todo mi argumento, dejaré de hablar. No quiero con ello decir que no existe solución alguna para este problema, sino que mis propios recursos de imaginación para encontrar soluciones no van más allá de mi captación del problema.

Pero si lo podeis soportar, entonces dejad que comience mi argumento di-

ciéndoos que la niñez es un artefacto social y no una categoría biológica. Nuestros genes no contienen instrucción alguna sobre quién es un niño y quién no lo es. Y las leyes de supervivencia no requieren que se haga distinción alguna entre el mundo de un adulto y el mundo de un niño. De hecho, si la palabra “niños” la aplicamos, en su significado, a una clase especial de personas con edades comprendidas más o menos entre los siete y pongamos por caso, los diecisiete años, personas que necesitan unas formas especiales de nutrición y protección y que son consideradas cualitativamente como distintas de los adultos, entonces existe amplia evidencia que los niños existen desde hace menos de 400 años.

Realmente, si empleamos la palabra niños en su sentido más completo, tal y como esta palabra la comprende el Americano medio, la exuberancia de la niñez no sobrepasa en mucho los 150 años. Por tomar un pequeño ejemplo, la costumbre de celebrar el cumpleaños de un niño no existía en América durante casi todo el siglo XVIII y el fijar con precisión la edad de un niño es, de hecho, una tradición cultural muy reciente que no tiene más de 200 años. He aquí un ejemplo más importante. En fechas tan avanzadas como 1890, los colegios de segunda enseñanza abarcaban solo el siete por ciento de la población con edades comprendidas entre los 14 y los 17 años. Junto con muchos niños más jóvenes, el 93% restante trabajaba en labores de los adultos —algunos de ellos desde el amanecer hasta el anochecer— en todas nuestras grandes ciudades.

Pero, al empezar, cometíamos un error si confundiéramos realidades o hechos sociales con ideas sociales. La idea o el concepto de la niñez es uno de los grandes inventos del Renacimiento,

quizás el más humano que este haya tenido. Junto con la ciencia, con la libertad estatal y religiosa de la nación, la niñez en su doble vertiente de principio social y condición psicológica, surgió alrededor del Siglo XVI. Hasta aquellos tiempos, a los niños, incluso los de 6 y 7 años, no se les consideraba fundamentalmente distintos de los adultos. El lenguaje de los niños, su forma de vestir, sus juegos, sus tareas y sus derechos legales eran exactamente los mismos que los de los adultos. Pero se reconocía, sin embargo, naturalmente, que los niños solían ser más pequeños que los adultos, no confiriéndoles este hecho ningún estatuto especial, y no existía, por supuesto, ninguna institución especial dedicada al desarrollo de los niños.

Antes del Siglo XVI, por ejemplo, no existían libros sobre la crianza de los niños ni tampoco ningún libro sobre la mujer en su papel de madre. Los niños, por tomar otro ejemplo, participaban siempre en los cortejos fúnebres, nadie encontraba ninguna razón para apartarlos de la idea de la muerte. No se encuentra, con anterioridad al Siglo XVII, ninguna referencia sobre la forma de hablar de los niños o jerga infantil, mientras que después son abundantísimas.

Si habeis visto alguna vez pinturas del Siglo XIII o XIV, os habréis fijado que a los niños siempre se les representa como a pequeños adultos. Exceptuando el tamaño, carecen de todas las características que solemos asociar con la niñez y nunca aparecen solos en el lienzo —es decir aislados de algún personaje adulto—. Dichos cuadros representan con suma precisión la forma de percibir psicológica y socialmente a los niños antes del Siglo XVI. En su maravilloso libro sobre el Siglo XIV, llamado “A Distant Mirror” (Un Espejo Distante), Barbara Tuckman

resume así la situación: "Si los niños llegaban vivos hasta los siete años, su vida reconocida empezaba más o menos como la de unos adultos en miniatura. La niñez ya había quedado atrás".

Ahora bien, el porqué esto era así, es algo difícil de explicar. Uno de los temas, como lo indica la Sra. Tuckman, es que la mayoría de los niños no sobrevivían. Su índice de mortalidad era enormemente alto. Y es solo a finales del Siglo XIV cuando los niños aparecen mencionados en los testamentos, lo cual indica que los adultos tenían pocas esperanzas de verlos vivos durante mucho tiempo. No cabe duda que, en aquellos tiempos, los adultos no se comprometían emotivamente con los niños de la misma forma que hoy día aceptamos todos como normal. Además, a los niños también se les consideraba sobre todo como útiles desde un punto de vista económico, interesándose a los adultos mucho menos su carácter y su inteligencia que su capacidad de trabajo.

Quizás la razón más poderosa para que hubiera esa ausencia de la idea de la niñez se encuentra en el medio ambiente de comunicaciones propio de la Edad Media. Es decir, como la mayoría de la gente no sabía leer, o no necesitaba saber leer, un niño se convertía en un ser adulto, en un adulto con plena participación, tan pronto como él o ella aprendían a hablar. Al hacerse todas las transacciones sociales importantes a través de una comunicación oral directa, la plena competencia de la palabra y del oído, que se alcanza normalmente a los siete años, resultaba ser la línea divisoria entre la infancia y la vida adulta. Es por ello por lo que la Iglesia Católica designó la edad de los siete años como la edad en la que una persona es capaz de diferenciar entre el bien y el mal, la edad de la razón.

Por eso a los niños se les colgaba junto con los adultos por robar o asesinar. Y por ello es por lo que no había, en la Edad Media, nada que pudiera asemejarse a la educación elemental; porque allí donde la biología es causa determinante de la comunicación o competencia comunicativa, no existe necesidad para una educación de este tipo. En otras palabras, no había ninguna etapa intermedia entre la infancia y la edad adulta, porque no resultaba necesaria, por lo menos hasta la mitad del Siglo XV.

En aquellos tiempos, hubo un acontecimiento extraordinario que no solo cambió la faz religiosa, económica y política de Europa, sino que también creó nuestra idea moderna de la niñez. Me refiero, naturalmente al invento de la imprenta. Puesto que dentro de algunos minutos, algunos de vosotros vais a pensar que estoy dando demasiada importancia al poder de la Televisión, vale la pena que os diga ahora que no había nadie en el 1450 que pudiera imaginarse siquiera que la imprenta pudiera tener unos efectos tan poderosos como los que tuvo sobre la sociedad. Cuando Gutenberg anunció que podía fabricar libros, como lo explicaba "sin la ayuda de ninguna pluma ni nada que se le pareciera, sino por medio de una maravillosa ordenación, proporción y armonía de punzones y caracteres", no se imaginó nunca que su invento acabaría socavando la autoridad de la Iglesia Católica. Y sin embargo, menos de 80 años más tarde, teníamos efectivamente a Martín Lutero que pretendía que, estando la palabra de Dios en todas las mesas de cocina, los cristianos no necesitaban a un Papado para interpretársela. Tampoco tenía Gutenberg la más mínima idea que su invento crearía una nueva categoría de personas que son los niños.

Para que nos hagamos una idea de lo que significó la lectura en los dos siglos que siguieron al invento de Gutenberg, quiero que considereis el caso de dos hombres, uno llamado Guillermo, el otro llamado Pablo. En el año 1605 intentaron robar en la casa del Earl de Sussex. Fueron atrapados y condenados. He aquí las palabras exactas de sus condenas tal y como fueron presentadas por el magistrado que presidía las causas. “El condenado Guillermo no lee. Que se le cuelgue. El condenado Pablo lee. Que se le mutile”. Ahora bien, el castigo de Pablo no es que resultara piadoso. Significaba que tendría que someterse a la mutilación de sus dedos pulgares. Pero contrariamente a Guillermo, podía seguir vivo porque estaba amparado por algo llamado el “beneficio del clero”, lo cual quería decir que podía enfrentarse y cumplir el reto de leer por lo menos una frase de una versión inglesa de la Biblia. El saber leer, según las leyes Inglesas del Siglo XVII, era razón suficiente para excusarlo de las galeras. Sospecho que estareis de acuerdo conmigo cuando digo que de todas las sugerencias que jamás he oído para motivar a los jóvenes para que aprendan a leer, no hay ninguna que pueda compararse a este método de la Inglaterra del Siglo XVII. De hecho, de los 203 hombres condenados por crímenes a ser colgados en 1644 en Norwich, más o menos la mitad de ellos buscaron amparo en el “beneficio del clero”, lo que por lo menos sugería que los Ingleses eran capaces de producir la población de delincuentes más letrada en los anales de la historia.

Pero una población de delincuentes cultos no es, obviamente, lo único que se producía. Como ya lo he implicado, la niñez era fruto del saber leer y escribir, y esto ocurrió en menos de 100 años

después del descubrimiento de la imprenta ya que la cultura europea se convirtió en una cultura que se leía. En otras palabras, la edad adulta recibió una nueva definición. No podía uno convertirse en persona adulta sin saber leer. Para poder hacer la experiencia de Dios, tenía uno que ser capaz, claro está, de leer la Biblia. Para hacer la experiencia de la literatura, tenía uno que ser capaz de leer novelas y ensayos personales —unas formas literarias, dicho sea de paso, que fueron enteramente creadas por las máquinas de imprenta—. Naturalmente, para poder llegar a estudiar lo científico, no solo tenía uno que saber leer, sino que ya a principios del Siglo XVII, podía uno leer sobre ciencia en lengua vernácula, es decir en el idioma propio de cada uno. “Los Avances de la Erudición”, publicado en 1605 fue el primer tratado científico que un Inglés podía leer en lengua inglesa.

Junto a todo lo que acabo de mencionar, los Europeos volvieron a descubrir lo que ya sabía Platón sobre el aprender a leer, es decir que es algo que se logra mejor a una edad temprana. Siendo la lectura, entre otras cosas, un reflejo inconsciente así como un acto de reconocimiento, la costumbre de leer tiene que formarse durante el preciso período en el que el cerebro está aún comprometido con la tarea de adquirir el lenguaje oral. El adulto que aprende a leer después de haber completado su vocabulario oral, no se convierte nunca en un gran lector o muy rara vez. Lo que esto pasó a significar en el Siglo XVI, es que a los jóvenes había que separarlos del resto de la comunidad para enseñarles a leer, es decir para enseñarles a actuar como seres adultos. Antes del invento de la imprenta, los niños se convertían en adultos al aprender a hablar,

para lo cual todas las personas están biológicamente programadas. Después de la imprenta, los niños tenían que ganarse la edad adulta, aprendiendo a leer y a escribir para lo cual las personas no están biológicamente programadas. Esto significaba que había que crear escuelas. En la Edad Media no existía la escuela primaria ni nada que se le pareciera. Por ejemplo, en Inglaterra, había en 1570, 34 colegios en todo el país. En 1640 ya había 450. Al establecerse las escuelas, fue inevitable que a los jóvenes se les considerara como una clase especial de personas cuyas mentes y carácter diferían del de los adultos. En dos palabras, empezamos a ver el desarrollo humano como una serie de etapas en las que la niñez es un puente entre la infancia y la edad adulta. Durante los últimos 350 años hemos estado desarrollando y refinando nuestro concepto de la niñez. Hemos estado desarrollando y refinando instituciones dedicadas a la crianza de los niños. Y hemos otorgado a los niños un status preferente reflejado en las formas especiales con que esperamos y pretendemos que piensen, que hablen, que se vistan, que jueguen y que aprendan.

Creo, amigos míos, que todo esto está tocando a su fin. Y está tocando a su fin porque nuestro entorno medio de comunicación ha vuelto a cambiar de nuevo de forma radical, y esta vez a través de la electrónica, y especialmente la televisión. La televisión tiene un poder de transformación por lo menos igual de grande que el de las máquinas de imprenta y posiblemente igual de grande que el del mismísimo alfabeto. Y mi punto de debate es que con la ayuda de otros medios, tales como la radio, el cine, los discos, la televisión tiene poder suficiente para acabar con la niñez.

He aquí como se está llevando a cabo esta transformación. Para empezar, la televisión es esencialmente no lingüística. La información la presenta sobre todo y esencialmente por medio de imágenes visuales. Aun oyéndose la palabra humana en TV, y aunque esta palabra cobra a veces importancia, la gente, mayormente, *mira* la televisión. Y lo que miran son unas imágenes visuales que cambian con enorme rapidez, a la velocidad de unas 1200 proyecciones distintas cada hora. Esto requiere muy poca actividad de la parte izquierda del cerebro o desciframiento analítico. El ver televisión se reduce casi por entero a reconocer unas formas o modelos (patrones). La forma simbólica de la televisión no requiere ninguna instrucción ni conocimiento alguno de tipo especial. En América del Norte, los niños miran la televisión a partir de los 18 meses y, de acuerdo con estudios hechos por Daniel Anderson, de la Universidad de Massachusetts, cuando llegan a los 36 meses, los niños empiezan a comprender y a reaccionar ante lo que les enseña la pantalla de televisión. Poseen sus personajes favoritos, canturrean melodías que oyen, y piden que se les den los productos que se anuncian. Por consiguiente, para mirar la televisión no hace falta ninguna preparación o entrenamiento previo.

No hace falta destreza alguna para ponerse ante un televisor, ello no desarrolla tampoco talento alguno, y por eso no existe nada que pudiera llamarse presenciación de la televisión como forma de remedio. Por eso es por lo que tampoco ocurre que hoy sepas mirar la televisión mejor que ayer o hace cinco o diez años. Y también por ello es por lo que no existe nada que pudiera llamarse en realidad programas infantiles

en televisión. Todo es para todos. En lo que atañe a la forma simbólica, "Los Angeles de Charlie" es igual de sofisticado o igual de sencillo de comprender que "La Calle Sésamo". Contrariamente a los libros que varían mucho entre su complejidad de sintaxis y de léxico y que pueden escalonarse de acuerdo con la habilidad de cada lector, la TV presenta información de forma indiferenciada en su accesibilidad. Por eso los adultos y los niños suelen mirar los mismos programas. Y podría añadir, caso de que alguien estuviera pensando que al menos niños y adultos se ponen ante el televisor a distintas horas, que según el libro de Frank Mankiewicz sobre la televisión, libro llamado "Control Remoto", hay aproximadamente un millón de niños que miran la televisión todos los días del año entre las doce de la noche y las dos de la mañana.

Lo que digo, por consiguiente, es que la televisión borra la línea divisoria entre la niñez y la edad adulta de dos maneras distintas. En primer lugar, porque no requiere instrucción alguna para comprender su forma, y en segundo lugar, porque no segregue a su audiencia. Comunica la misma información a todo el mundo de forma simultánea, sin tener en cuenta la edad, el sexo y el nivel de educación.

La televisión también borra la línea divisoria de otras maneras. Puede uno decir que la diferencia fundamental que existe entre el adulto y el niño está en que el adulto conoce ciertas facetas de la vida, sus criterios, sus contradicciones, su violencia, sus tragedias, que no se considera apropiado que los niños conozcan. A medida que los niños van avanzando hacia la edad madura, les vamos revelando estos secretos de la manera que encontramos psicológicamente

asimilable. Por eso existe algo que se llama literatura infantil. Pero este estado de cosas la televisión lo imposibilita. Al funcionar casi las 24 horas del día, necesita un constante suministro de novelas e información interesante. Esto significa que todos los secretos de los adultos —sociales, sexuales, físicos etc.— tienen que quedar al descubierto. La televisión fuerza a que toda la cultura salga del armario. En su deseo de encontrar información nueva y sensacional para retener a su audiencia, la TV tiene que tocar todos los tabues existentes dentro de la cultura —incestos, divorcio, promiscuidad, corrupción, adulterio, sadismo— cada uno de ellos no es ahora más que un tema para un espectáculo de televisión. Y, claro, en este proceso, cada uno de ellos pierde su papel de secreto perteneciente exclusivamente a los adultos.

Hace algún tiempo, mientras miraba un programa de televisión llamado el "Vidal Sassoon Show", me topé con el ejemplo más óptimo y exacto de lo que intento decirlos. Vidal Sassoon es un famoso peluquero cuyo espectáculo de TV consistía en una mezcla de consejos de belleza, información sobre dietética, sugerencias para mantenerse sano y en forma, y psicología pop. Al llegar al final de un fragmento del espectáculo en el que una atractiva señora había realizado una demostración de como se preparaban unas legumbres, apareció el tema musical y Sassoon solo tuvo tiempo para decir esto: "No os vayais; volveremos con una maravillosa nueva dieta, y luego un rápido repaso al incesto". Casi tuve un paro cardíaco. Pensé, ¡Qué es lo que Sófocles pensaría si tuviera que echarle un rápido vistazo al incesto!.

Como verán, la televisión es implacable a la hora de revelar y trivializarlo todo, tanto lo privado, como lo que produce

vergüenza. No lo puede remediar. El tema del confesionario y la oficina del psiquiatra es ahora de dominio público. Y de fuente fidedigna tengo la noticia de que muy pronto tendremos, nosotros y nuestros niños, la ocasión de ver los primeros experimentos serios de la televisión comercial que nos presentarán la desnudez, que probablemente ya no chocará a nadie, ya que los anuncios de TV nos han estado enseñando durante años, algunas formas suaves de pornografía como, por ejemplo los anuncios de los "Designer" Jeans. Y tocando el tema de los anuncios, el millón de estos que la juventud Americana verá en los primeros 18 años de sus vidas, también contribuirá a revelar a la juventud todos los secretos que, en su época, eran patrimonio de los adultos. Todo, desde los esprays vaginales hasta los seguros de vida y las causas de los conflictos matrimoniales. Y sin omitir la contribución de los "news shows" (espectáculos de noticias) —estas extrañas distracciones que presentan a la juventud unas imágenes sumamente intensas de los fracasos de los adultos e incluso de la locura—.

Como consecuencia de todo ello, la niñez es, en cierto sentido, imposible de mantener, siendo por ello que los niños han desaparecido de las pantallas de televisión. Ya habréis notado que todos los niños que salen en los espectáculos televisados lo hacen meramente como pequeños adultos al estilo de los cuadros del Siglo XIII y del Siglo XIV. Fijaos en "The Love Boat" (El barco del amor) o cualquiera de las "soap" óperas, o programas familiares, o comedias de situación y creo que podréis ver a unos niños cuyo lenguaje, cuya vestimenta, cuya sexualidad, cuyos intereses no difieren en nada de los de los

adultos que toman parte en el mismo espectáculo. Y sin embargo, a medida que la TV. va empezando a borrar el concepto tradicional de la niñez, no sería del todo exacto decir que nos sumerge en un mundo de adultos. Lo que mas bien hace es emplear el material del mundo de los adultos como base para la proyección de un tipo de persona que es completamente nuevo.

A esta persona podríamos llamarla "el niño adulto". Por razones que, en parte, tienen que ver con las posibilidades que tiene la TV de llegar a todo el mundo, y en parte con la accesibilidad de su forma simbólica, la TV promueve como algo deseable muchas de las actitudes que solemos asociar con la niñez. Por ejemplo, una excesiva necesidad de gratificación inmediata, una falta de preocupación por las consecuencias, una casi promiscua preocupación por el consumismo. La TV parece favorecer una población formada por 3 grupos de edades en un extremo la infancia, en el otro la senilidad, y en medio un grupo de edad indeterminada donde todos tienen más o menos entre los 20 y los 30 años. En este sentido quiero recordaos un anuncio de TV. Creo que lo que intenta vender es loción para las manos; creo que es para Ivory. Puede que lo hayáis visto. Se nos muestra a una madre y a una hija y se nos reta para que adivinemos cuál es cuál. ¿Habéis visto este anuncio? Lo encuentro una pieza reveladora de una evidencia sociológica porque viene a indicarnos que, en nuestra cultura, 1982, se considera deseable que una madre no parezca mayor que su hija, o que una hija no parezca más joven que su madre. Ahora bien, que esto pueda significar que la niñez ha desaparecido, o que la edad adulta ha desaparecido, todo

ello viene a ser lo mismo. Porque si puede llegar a no concebirse lo que quiere decir el ser adulto, puede concebirse lo que significa ser un niño.

En cualquier caso, cualquiera que sea la descripción que quiera uno dar a esta transformación que está teniendo lugar, resulta bastante claro que el comportamiento, las actitudes, los deseos e incluso el aspecto físico de los adultos y de los niños cada vez se distingue menos. Ahora ya casi no existe ninguna diferencia entre, por ejemplo, los crímenes realizados por los adultos y los crímenes realizados por los niños, y en muchos estados los castigos empiezan a ser los mismos. También existe muy poca diferencia en el vestir. La industria de la vestimenta infantil ha pasado por una verdadera revolución en los últimos 10 años, de forma que ya no existe lo que en su día llamábamos vestimenta infantil. Los niños de 11 años llevan trajes de 3 piezas en las fiestas de cumpleaños, y hombres de 61 años llevan jeans en las fiestas de cumpleaños. Niñas de 12 años llevan tacones y señoras de 52 años llevan zapato plano. (En las calles de Nueva York y de Chicago pueden verse señoras mayores con calcetines blancos y una imitación de los "Mary Janes").

Por tomar otro ejemplo, los juegos infantiles que, en su día, estaban tan cargados de imaginación y eran tan variados y tan enfáticamente inapropiados para los adultos están desapareciendo a marchas forzadas. El baseball de la liga pequeña y el "peewee football", por ejemplo, no solo tienen la supervisión de los adultos sino que, en su organización y estimo emocional, siguen el modelo de los deportes de liga grande.

Los bocatas (etc.) en su tiempo solo apropiados para los paladares, ojos y

estómagos poco exigentes de los niños, ahora son también manjar aceptado por los adultos. Si nos fijamos un poco, viene esto confirmadísimo en los anuncios de McDonald y Burger King.

El lenguaje de los niños y de los adultos también ha sufrido una transformación y, por ejemplo, la idea de que puedan existir palabras que los adultos no tendrían que decir en presencia de los niños es algo que se nos aparece como casi ridículo. Con una televisión que sistemáticamente revela todos los secretos de los adultos, resultan difíciles de ocultar los secretos del lenguaje. Y no es para mí nada inconcebible que en un futuro no muy lejano volvamos a una situación de los Siglos XIII y XIV en los que no existían palabras que un oído juvenil no pudiera escuchar.

Con la ayuda de los anticonceptivos modernos tanto el apetito sexual de los adultos como el de los niños puede quedar satisfecho sin serias limitaciones ni cortapisas y sin una comprensión madura de su profundo significado. La TV. no solo mantiene a toda la población en una situación de fuerte excitación sexual, sino que también estimula y subraya una especie de igualdad en la realización sexual. El sexo, a través de la televisión, se transforma de ser un oscuro y profundo misterio propio de los adultos, a ser un producto al alcance de todos, algo así como un dentífrico o un desodorante.

Lo que todo esto viene a significar es, creo, que nuestra cultura cada vez proporciona menos razones y oportunidades para la niñez. La TV. crea un contexto de comunicación que estimula la idea de que la niñez ni es deseable ni es necesaria, que a los niños, en efecto, no los necesitamos. Y cuando he men-

cionado el hecho de que la niñez se acaba no quise decir la desaparición física de los niños, pero, de hecho, esto también está ocurriendo. Nuestro índice de natalidad está bajando y lo ha estado haciendo durante la última década, por lo que se están cerrando colegios por todo el país.

Esto me conduce a la última de las características que posee la TV. y que no hay que dejar de mencionar. La idea de los niños implica una visión del futuro. Los niños son los mensajes vivos que enviamos hacia unos tiempos que ya no veremos. Pero la televisión no puede comunicar un sentido del futuro, ni tampoco un sentido del pasado. Es un medio centrado en el presente, un medio de la velocidad de la luz. Todo lo que vemos en TV. se experimenta como algo que ocurre ahora, siendo esta la razón por la que hay que decirnos de palabra que el vídeo que estamos viendo se realizó hace muchos meses. La gramática de la televisión no tiene, en el idioma, analogía alguna con los tiempos pasado y futuro. Por ello, amplifica el presente de forma totalmente desproporcionada y transforma la necesidad que tienen los niños de una gratificación inmediata en una forma de vida. Y acabamos con lo que Christopher Lash llama "La cultura del narcisismo", sin futuro, sin niños, con todo el mundo estancado en una edad que oscila entre los 20 y los 30 años.

Tengo un poco el presentimiento de lo que todo esto supondrá para algunos de vosotros, pero creo que mi posición está muy clara. Como lo he dicho al principio, creo que lo que acabo de describir es desastroso, en parte porque valoro el encanto, la curiosidad, la maleabilidad y la inocencia de la niñez, y en parte porque creo en la necesidad

de que los adultos sean niños antes de llegar a ser mayores. Porque, de no ser así, permanecen como el niño adulto de la TV. durante toda la vida, sin sentido de pertenencia, ni capacidad para unas relaciones que sean perdurables, ni respeto por ningún tipo de límites, ni captación del futuro. Pero sobre todo creo que es desastroso porque, como la cultura borra la distinción entre el niño y el adulto, como borra los secretos sociales, como socava los conceptos del futuro y los valores del auto dominio y de la disciplina, parece que estamos condenados a retroceder hacia una sensibilidad medieval de la que nos han liberado las letras y la erudición.

Tengo que concluir esta conferencia de "buenas-malas noticias". Ya que habéis escuchado con tanta atención, y a pesar de todo lo que os he dicho al principio, no voy a terminar en este tono tan desesperado. Además, habiendo sido de bebé criado con el pecho, soy optimista por naturaleza. Así que os ofrezco, para acabar, esta perspectiva mucho más alentadora. En el Siglo V antes de Cristo, Atenas estaba a punto de transformarse de una cultura oral a una cultura escrita. Pero el gran profesor Ateniense, Sócrates temía y se reía de la palabra escrita. Como sabéis, Sócrates no escribió ningún libro y si no hubiera sido por Platón y Zenofon que si lo hicieron, no hubiéramos sabido casi nada sobre él. En una de sus más permanentes conversaciones llamada el "Faedrus", Sócrates afirma que el lenguaje oral, y solo el lenguaje oral, es la forma más adecuada para la expresión de ideas serias, de poesía hermosa, de piedad auténtica, y proclama además que la escritura traerá como resultado una disminución de la capacidad para la memorización, socavando el proceso dialéctico, y soca-

vando el concepto de intimidad. Pues bien, en todas estas profecías, Sócrates tenía razón. Pero lo que no llegó a ver, es lo que vió su discípulo Platón. Es decir, que la palabra escrita crearía nuevos y maravillosos recursos para el intelecto. Así es que Sócrates tenía razón, pero su visión resultaba limitada.

Y, sin que intente sugerir una insostenible comparación, permitidme acabar diciendo que, aunque creo que el cuadro que acabo de pintar es correcto, espero sinceramente que mi visión, al igual que la de Sócrates, sea limitada y que la era de la televisión resulte ser una bendición. Pero lo dudo.

